

### **Vigésimo Tercer Domingo del TO C2025**

En el Evangelio de esta mañana, nuestro Señor pone tres exigencias para quien quiera ser su discípulo. La primera es el desapego del afecto familiar y del amor propio. Ser discípulo requiere estar animado por un amor superior a todos los lazos y afectos familiares.

Cuando nuestro Señor dice que nadie puede acercarse a él sin odiar a su familia, no nos enseña a odiar a los miembros de la familia. Más bien, quiere que lo prefiramos a él por encima de todos los lazos de parentesco e incluso a nuestra propia vida. Al hacerlo, nos anima a romper incluso los lazos más queridos que tenemos, si son un obstáculo para nuestra relación con nuestro Padre Celestial.

La segunda exigencia es la capacidad de llevar la cruz siguiendo sus pasos. La cruz es el signo del don de su vida por nuestra salvación. Un discípulo debe estar dispuesto a ofrecer su propia vida por amor a Dios y a sus semejantes como él lo hizo. Por eso, llevar la cruz significa sobre todo aceptar con valentía las pruebas de la vida presente por el Reino de Dios, incluso si esto nos lleva a perder nuestra propia vida. La cruz no tiene nada que ver con el masoquismo; es un símbolo de las dificultades de la vida que aceptamos por el bien de quienes amamos y por el bien del Reino.

La tercera exigencia es el desapego de las posesiones materiales. A veces, los apegos materiales nos impiden dar a Dios el primer lugar en nuestra vida. ¡Así, algunas personas están tan obsesionadas con sus bienes materiales que nada cuenta fuera de ellos!

Además, las posesiones materiales pueden llevarnos a encerrar nuestro corazón en nuestros bienes, olvidando que son regalos de Dios y que por eso debemos compartirlos con los pobres. En cualquier caso, lo cierto es que seguir a nuestro Señor requiere un cambio de actitud hacia los bienes de este mundo, que no tienen un valor absoluto.

Todo esto nos ayuda a comprender por qué nuestro Señor insiste en la prudencia y la sabiduría que debemos tener para tomar las decisiones correctas en el momento oportuno para tener éxito en nuestra relación con nuestro Padre Celestial. Hay problemas concretos que debemos abordar no solo como buenos ciudadanos, sino también como buenos cristianos. Por eso nuestro Señor habla de sentarse a calcular el costo del discipulado, si realmente podemos vivir y actuar conforme a las exigencias de su reino.

Estas exigencias de nuestro Señor plantean algunas preguntas: ¿Cómo puede alguien preferir a otras personas a su propia familia? ¿Por qué renunciar a sus propios intereses si es posible de sacar ventaja de la situación? ¿Por qué imponerse sacrificios y aceptar la renuncia si se siente cómodo?

Si nos atenemos a la lógica humana y usamos argumentos humanos, estas exigencias de nuestro Señor serán imposibles de cumplir. Solo cuando nos dejamos guiar por la sabiduría y el Espíritu de Dios podemos avanzar y actuar en consecuencia como discípulo.

Solamente con nosotros mismos, cometemos errores y nos desviamos. Solos, no podemos descubrir cuál es la voluntad de Dios, porque nuestros argumentos son confusos e inciertos cuando se trata de comprender los caminos de Dios. Si ya es difícil comprender todo lo que sucede en el mundo, cuánto más difícil será penetrar los pensamientos de Dios. Es la sabiduría de Dios, entonces, la que nos ayuda a conocer su voluntad y a andar por el buen camino en la vida. Si Dios no nos da su sabiduría, nos será muy difícil actuar con sabiduría y discernimiento. La sabiduría es un don que viene de Dios; requiere un despojo total de nosotros mismos para permanecer en Dios. Nos lleva a tomar buenas decisiones, priorizando el bien del prójimo en lugar de buscar siempre nuestro propio interés.

Eso es lo que san Pablo recomienda a Filemón respecto a Onésimo, quien era esclavo, pero se convirtió en Jesús, mediante el bautismo, en hermano. Mientras que el destino de un esclavo en el mundo antiguo era precario y dependía de la buena voluntad de su amo, san Pablo le pide a Filemón que reciba bien a Onésimo, que lo trate como a su hijo, como a su propio corazón y como a un hermano querido. Al fin y al cabo, ¿qué es perder dinero comparado con la alegría de acoger a un hermano? Al recomendarle esto a Filemón, san Pablo le enseña no solo el perdón, sino también el desapego de los bienes materiales.

Permítanme terminar con este dicho africano: Si quieres cazar leones, primero toma tu lanza y clávala en la tierra. Si no logras que penetre profundamente en la tierra, abandona la idea de cazar. La enseñanza es esta: No te engañes pensando que eres discípulo de Cristo. No se trata solo de escuchar el Evangelio o de entusiasmarse con él; es exigente. Piénsalo y toma buenas decisiones que le puedan acercar al Señor.

### **Sabiduría 9: 13-18b; Filemón 9-10, 12-17; Lucas 14: 25-33**



Fecha de la Homilía: el 7 de septiembre, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20250907homilia.pdf